

LA ÚLTIMA NOCHE DEL VERANO

ALFRED COPPEL

Ardían fuegos en la ciudad. Con su casa a oscuras —la central eléctrica estaba abandonada por aquel entonces—, Tom Henderson podía ver claramente los fuegos. Se reflejaban como fogatas contra la masa de humo.

Se sentó en la oscuridad, fumando y escuchando la aguda voz del locutor que le llegaba por la radio portátil.

«...las temperaturas medias están subiendo hasta las máximas normales en todo el mundo. París nos informa de una máxima registrada ayer de 42°... Nápoles tuvo 45°... Los astrónomos predicen... El gobierno aconseja que la población civil permanezca en calma. Fue declarada la ley marcial en Los Angeles.»

La voz sonaba débil. Las pilas estaban ya muy gastadas. Y no es que importase. *A pesar de toda nuestra palabrería, pensó Henderson, este es el fin. Y no tenemos valor para enfrentarnos con ello.* Realmente, era bien simple. Ni guerra de los mundos, ni colisión con otro planeta. Un ligero incremento de la temperatura. Eso era todo. Los astrónomos habían sido los primeros en descubrirlo; y habían hecho tranquilizantes declaraciones a la prensa. El aumento de la temperatura sería pequeño. De un diez por ciento, con un error en más o menos de unos pocos millones de grados. Hablaron de tensiones superficiales, de presiones internas y utilizaron todos los términos astrofísicos que ni siquiera un hombre de cada dos millones se había preocupado jamás de comprender. Y lo que le decían al mundo era que, en la última noche del verano, moriría.

Al principio, el incremento sería gradual. Las temperaturas habían sido altas durante todo el verano. Luego, el 22 de septiembre, se produciría un repentino incremento en el calor producido por la familiar bola roja del cielo. La temperatura superficial de la Tierra alcanzaría los 200° durante diecisiete horas. Luego, todo volvería a la normalidad.

Henderson hizo una mueca al vacío. *Volvería a la normalidad.* Los mares, que habrían desaparecido en una gigantesca ebullición, se condensarían y caerían en forma de lluvia durante un mes o algo así, inundando las tierras, arrasando toda traza de civilización humana... que no hubiese ardido antes. Y, en un par de meses, la temperatura descendería otra vez hasta un nivel en el que un hombre pudiera caminar por la superficie sin necesidad de ropa protectora contra el calor.

Sólo que no quedarían muchos hombres con vida. Tan sólo los afortunados que poseían talismanes de supervivencia, los discos metálicos que daban acceso a las Madrigueras. De una población de cuatro mil millones, menos de un millón sobreviviría.

El locutor parecía mortalmente cansado. *Tiene por qué, pensó Henderson. Ha estado en emisión durante diez horas o más sin que nadie lo sustituyese. Todos hacemos lo que podemos. Que no es mucho.*

«... ya no se aceptan solicitudes para las Madrigueras.»

Espero que así sea, pensó Henderson. Habían tenido tan poco tiempo: tres meses. El que hubieran logrado construir las diez Madrigueras ya era bastante. Pero, después de todo, el dinero no había importado. Tenía que estar recordando siempre que las valoraciones antiguas no servían para este caso. No importaba, ni el dinero, ni los materiales, ni siquiera el trabajo... Aquella antigua medida del comercio. Tan sólo el tiempo. Y eso era lo que había faltado.

«... la población de Las Vegas ha sido evacuada hacia varias minas del área...»

Buen intento, pero no servirá, pensó Henderson lánguidamente. Si el calor no los mataba, lo haría el apiñamiento. Y, si eso también fallaba, entonces serían las inundaciones. Y, naturalmente, habrían terremotos. *No podemos imaginarnos una catástrofe de esta magnitud*, se dijo a sí mismo. *No estamos equipados ni mental ni físicamente para ello*. La única cosa que podía comprender un hombre eran sus propios problemas. Y aquella última noche del verano hacía que todos ellos pareciesen insignificantes, diminutos, como si se estuvieran contemplando con un telescopio puesto al revés.

Lo siento por las niñas, pensó. Lorie y Pam. Deberían haber tenido una oportunidad de vivir. Notó una sensación de ahogo al pensar en sus hijas. Ocho y diez años son malas edades para morir.

Pero, ¿si no había pensado en ellas antes, por qué iba hacerlo ahora, aunque hubiera un fin del mundo? Las había abandonado y también a Laura. ¿Por qué? Por Kay y el dinero y un estilo de vida que desaparecía con un destello al llegar el alba. Todos danzaban su minúsculo ballet en el borde del mundo mientras él permanecía sentado, vacío de objetivo o sensación, contemplándolos a través del telescopio invertido.

Se preguntó dónde estaría Kay ahora. Por toda la ciudad se estaban celebrando Fiestas Estelares. ¡Esta noche no hay límites para nada! Cualquier cosa que uno desee. Mañana... *¡bang!* Nada prohibido, nada negado. ¡Esta es la última noche del mundo, muchacho!

Kay se había vestido, si es que así se podía decir, y salido a la calle a las siete.

—¡No me voy a quedar aquí simplemente a esperar! —Recordaba la histeria de su voz, el estupor anonadado en sus ojos. Y luego a Tina y a las otras llegando, algunas borrachas, otras sólo histéricas por el terror. Tina envuelta en su abrigo de armiño, bailando por la habitación y cantando con una voz aguda y quebrada. Y la otra chica, Henderson nunca podía recordar su nombre, pero la recordaría ahora por el tiempo que quedase: vestida sólo con sus joyas. Diamantes, rubíes, esmeraldas; brillando y fulgurando a los últimos rayos del hinchado sol. Y las lágrimas rodando por sus mejillas mientras le rogaba que hiciera el amor con ella...

Era una pesadilla, pero era real. El rojo sol que se sumergía en el Pacífico era real. Los incendios y los saqueos en la ciudad no eran sueños. Aquella era la forma en que se estaba acabando el mundo. Fiestas Estelares y asesinatos en las calles, y mujeres vestidas con piedras preciosas, y lágrimas: un millón de litros de lágrimas.

Fuera, se oyó un chirrido de neumáticos y un choque, luego el tintineo de cristales y silencio. Calle abajo sonó un disparo. Se escuchó un grito que era parte risa y parte alarido.

No tengo objetivo, pensó Henderson. *Estoy sentado, miro y espero el fin*. Y la voz de la radio se hizo aún más débil.

«... los que se hallen en la Madrigueras sobrevivirán... En minas y cavernas... Los geólogos prometen un porcentaje de supervivencia del cuarenta por ciento... Detrás de la cortina de hierro...»

Detrás de la cortina de hierro, nada. Quizá fuera instantáneo, y no siguiendo la curvatura del mundo con la aurora. Naturalmente que sería instantáneo. El sol se hincharía, oh, muy poquito, y ocho minutos más tarde los ríos, lagos, arroyos, los océanos, toda el agua herviría subiendo al cielo.

De la calle llegó un hiriente grito repetitivo. No era una mujer. Era un hombre. Estaba ardiendo. Un grupo callejero lo había empapado en gasolina y prendido con una cerilla. Lo seguían gritando:

—¡Así será! ¡Así será!

Henderson lo contempló por la ventana mientras corría con aquel grito *uuu, uuu, uuu*, surgiéndole de la garganta. Desapareció tras la esquina de la siguiente casa, seguido de cerca por sus atormentadores.

Espero que las niñas y Laura estén a salvo, pensó. Y luego casi se echó a reír. A salvo. ¿Qué era estar a salvo ahora? *Quizá*, pensó, *debiera haber ido con Kay*. ¿Quedaba algo por hacer que le hubiese gustado realizar? ¿Matar? ¿Violar? ¿Alguna sensación que aún no hubiera probado? La noche anterior, en casa de los Gilmans se había celebrado una ridícula Misa Negra llena de horror y de estupidez: la hermosa Louise Gilman tomando a sus invitados, uno tras otro, entre la destrozada vajilla y platería de la mesa del comedor, mientras su esposo estaba medio muerto por una dosis excesiva de morfina.

Nuestro grupo, pensó Henderson. *Banqueros, industriales, gente que cuenta*. ¡Dios! Ya era bastante malo el morir; pero el morir sin dignidad era aún peor. Y el morir sin propósito, era abismal.

Alguien estaba golpeando la puerta, arañándola, aullando. Siguió sentado.

—¡Tom... Tom... Soy Kay! ¡Déjame entrar, por Dios!

Quizá era Kay. Quizá lo era y debiera dejarla fuera. *Debiera conservar los restos de dignidad que me quedan*, pensó, *y al menos, morir solo*. ¿Cómo habría sido enfrentarse con esto junto a Laura? ¿Diferente? ¿Acaso había la posibilidad de elegir? *Me casé con Laura*, pensó, *y también me casé con Kay*. Era fácil. Si un hombre podía conseguir un divorcio cada dos años, supongamos, y si vivía, digamos que hasta los sesenta y cinco... ¿Con cuántas mujeres se casaría? Y suponiendo que hubieran dos mil millones de mujeres en el mundo, ¿qué porcentaje del total representaría?...

—¡Déjame entrar, Tom, maldito seas! ¡Sé que estás ahí!

Ocho y diez años de edad no son muchos, pensó. *Realmente, no son muchos*. Podrían haber sido maravillosas mujeres... ¿Para yacer entre los restos y cohabitar como animales mientras el sol se preparaba a estallar?

—¡Tom...!

Agitó con fuerza su cabeza y apagó la radio. Los fuegos de la ciudad eran mayores y más brillantes. No eran originados por el sol. Alguien los había encendido. Se alzó y fue hacia la puerta. La abrió. Kay entró tambaleante, sollozando.

—¡Cierra la puerta, oh, por Dios, ciérrala!

Se quedó contemplando sus desgarradas ropas, lo que quedaba de ellas, y sus manos. Estaban enrojecidas con sangre. No sintió ni horror ni curiosidad. No experimentaba nada más que una repentina sensación de vacío. *Nunca la amé*, pensó repentinamente. *Esa era la explicación*.

Apestaba a licor y el maquillaje le manchaba todo el rostro.

—Le di lo que quería —dijo en tono agudo—. El sucio cerdo que venía a mezclarse con los muertos para luego volver corriendo a la Madriguera... —repentinamente, se echó a reír—. ¡Mira, Tom... mira!

Alzó una mano ensangrentada. En su palma brillaban opacos dos pequeños discos.

—Estamos a salvo —lo repetía una y otra vez, apretando los discos y acariciándolos.

Henderson permaneció inmóvil en el recibidor en penumbras, dejando lentamente que su mente comprendiese lo que veía. Kay había matado a un hombre para conseguir esos billetes para la Madriguera.

—Dámelos —dijo.

Ella los apartó.

—No.

—Los deseo, Kay.

—No, monono... —se los metió por el rasgado escote de su traje—. He vuelto. He vuelto por ti. ¿No es cierto?

—Sí —dijo Henderson. Y también era cierto que nunca hubiese esperado alcanzar una Madriguera ella sola. Necesitaría un coche y un hombre con un arma—. Lo comprendo, Kay —dijo en voz baja, odiándola.

—Si te los diera, te llevarías a Laura —dijo—. ¿No es cierto? ¿*No es cierto?* Oh, te conozco, Tom, te conozco muy bien. Nunca has logrado olvidarla ni a esos repugnantes críos tuyos...

La abofeteó con fuerza, sorprendido por la ira que lo embargaba.

—No hagas eso otra vez —le dijo ella, mirándolo con odio—. Te necesito ahora, pero tú me necesitas más. No sabes donde está la Madriguera. Yo sí.

Eso, naturalmente era cierto. Las entradas a las Madrigueras debían ser secretas, conocidas sólo por los elegidos para sobrevivir. De otra manera, las multitudes las asaltarían. Y Kay le había arrancado el secreto al hombre... Al hombre que había pagado con su vida el olvidarse que ahora sólo existían supervivientes potenciales y animales.

—De acuerdo, Kay —dijo Henderson—. Haré un pacto contigo.

—¿Cuál? —preguntó ella, suspicaz.

—Te lo diré en el coche. Prepárate. Toma lo indispensable. —Se fue a la alcoba y tomó su Luger del cajón de la pequeña mesa. Kay estaba atareada embutiendo sus joyas en un maletín—. Vamos —le dijo—. Ya está bien. Es demasiado. No hay mucho tiempo.

Bajaron al garaje y se metieron en el coche.

—Sube los cristales —le dijo—, y cierra las puertas con llave.

—De acuerdo.

Puso en marcha el motor y salió a la calle.

—¿Cuál es el trato? —le preguntó Kay.

—Más tarde —le dijo.

Puso una marcha y comenzó a rodar, saliendo del distrito residencial, a través de los sinuosos y arbolados caminos. Por entre las sombras, corrían sombras oscuras. Un hombre apareció en el haz de los faros y Henderson lo evitó con una finta. Oyó disparos detrás.

—Agáchate —dijo.

—¿A dónde vamos? Este no es el camino.

—Voy a llevarme las niñas conmigo —dijo—. Con nosotros.

—No las dejarán entrar.

—Podemos intentarlo.

—¡Eres un estúpido, Tom! ¡Te digo que no las dejarán entrar!

Detuvo el coche y se volvió para mirarla a los ojos.

—¿Prefieres seguir caminando?

El rostro de ella se afeó con el regreso del miedo. Veía que se le escapaban las posibilidades de huida.

—De acuerdo. Pero ya te digo que nos las dejarán entrar. Nadie entra en una Madriguera sin su disco.

—Podemos intentarlo. —Puso nuevamente el coche en marcha, conduciendo a toda prisa por las calles llenas de basura, dirigiéndose hacia el departamento de Laura.

En varios puntos, la calle estaba interrumpida con restos ardiendo y en una ocasión un grupo de hombres y mujeres casi los rodeó, lanzando piedras y otros objetos al coche, mientras daba marcha atrás.

—Conseguirás que nos maten por nada —le dijo airada Kay.

Tom Henderson contempló a su mujer y sintió repugnancia por los años perdidos.

—Todo irá bien —dijo.

Detuvo el choche frente a la casa de Laura. Había dos automóviles vueltos boca abajo en la acera. Abrió la puerta y salió, llevándose las llaves con él.

—No estaré mucho tiempo —dijo.

—Dile adiós a Laura por mí —le pidió Kay, con los ojos brillantes.

Una sombra se movió amenazadora, saliendo del oscuro portal. Sin dudarlo, Tom Henderson alzó la Luger y disparó. El hombre se desplomó y quedó inerte. *Acabo de matar a un hombre*, pensó Henderson. Y luego: *Pero, ¿qué importa esto en la última noche del verano?*

Reventó la cerradura de un disparo y atravesó rápidamente el oscuro vestíbulo, subiendo los dos pisos cuyas escaleras recordaba tan bien. Llamó a la puerta de Laura. Se oyó un movimiento en el interior. La puerta se abrió lentamente.

—He venido por las niñas —dijo.

Laura se echó hacia atrás.

—Entra —contestó.

El perfume que llevaba comenzó a traerle recuerdos. Sus ojos se veían ardientes y llorosos.

—Queda muy poco tiempo —le dijo él.

La mano de Laura tomaba la suya en la oscuridad.

—¿Puedes meterlas en una Madriguera? —preguntó. Y luego agregó débilmente—: Las hice acostarse. No se me ocurrió otra cosa.

No podía verla, pero se la imaginaba: el corto cabello color arena; los ojos de color chocolate; su cuerpo tan familiar, grácil y cálido bajo la bata. Ya no importa ahora, nada importaba en la última loca noche del mundo.

—Ve a buscarlas —le ordenó—. Rápido.

Hizo lo que le decía. Pam y Lorrie, podía escucharlas quejarse en voz baja porque las hubieran despertado en medio de la noche; suaves cuerpecillos, con el húmedo olor infantil a sueño y seguridad. Luego Laura se arrodilló, apretándolas contra ella, una tras otra. Y supo que las lágrimas debían mojar sus mejillas. Pensó: *di adiós, rápido. Besa a tus niñas en despedida y mira como se van mientras te quedas sola en la oscuridad que ni siquiera tendrá fin. ¡Ah, Laura, Laura...!*

—Llévatelas rápido, Tom —le dijo Laura. Y luego se abrazó a él por un instante—. Te amo, Tom. Nunca dejé de hacerlo.

Alzó a Pam en brazos y tomó la mano a Lorrie. No se arriesgó a hablar.

—Adiós, Tom —dijo Laura, y cerró la puerta tras él.

—¿No viene mami? —preguntó Pam adormilada.

—Luego, querida —dijo suavemente Tom.

Las llevó hasta el coche, con Kay.

—No las dejarán entrar —dijo ella—. Ya verás.

—¿Dónde es, Kay?

Ella permaneció en un obstinado silencio y Henderson notó como sus nervios estallaban.

—Kay...

—De acuerdo —le dio la dirección a regañadientes, como si odiase tener que compartir su supervivencia con él. Ni miraba a las niñas, dormidas de nuevo, en la parte posterior del coche.

Atravesaban la ciudad, la saqueada y torturada ciudad que ardía y se hacía eco de la histérica alegría de las Fiestas Estelares y que ya hedía a muerte.

En dos ocasiones casi chocaron con coches sin control, repletos de gente borracha, desnuda, loca, repletos del desesperado deseo de hacer que aquella última noche fuera más vibrante que las anteriores, la más vibrante desde el inicio de los tiempos.

Los faros iluminaban cuadros propios de algún salvaje infierno mientras el coche corría por el cementerio de cemento en que se había transformado la ciudad.

Una mujer colgada por los tobillos, con su falda cubriéndole la cabeza y torso, con las piernas y nalgas marcadas por los latigazos...

Gentes arrodilladas en la calle, cantando salmos, y no moviéndose cuando un camión abrió un camino por entre ellos. Y el himno, débil y quejumbroso, haciéndose oír por entre los gemidos de los moribundos: *Roca de los tiempos, refugio para mí, deja que me oculte dentro de ti...*

Adoradores del sol, recién convertidos, y trogloditas bailando alrededor de una fogata alimentada con libros...

Los espasmos agónicos de un mundo, pensó Henderson. *Lo que sobreviva al fuego y al diluvio tendrá que ser mejor.*

Y entonces llegaron a la silenciosa colina que era la entrada a la Madriguera, el refugio de kilómetros de profundidad, arropado por conductos de refrigeración y roca protectora.

—Allí —dijo Kay—. Donde está la luz. Habrá guardias.

Tras ellos ardían los fuegos en la ciudad. La noche iba siendo iluminada por la luna que se alzaba, una luna demasiado roja, demasiado grande. *Quizá queden cuatro horas*, pensó Tom. *O menos.*

—No puedes llevarlas —susurraba secamente Kay—. Si lo intentas, tal vez no nos dejen entrar a nosotros. Es mejor dejarlas aquí... dormidas. Ni se enterarán.

—Es cierto —dijo Tom.

Kay salió del coche y comenzó a subir por la ladera cubierta de hierba.

—¡Entonces, ven!

A medio camino de la colina, Henderson podía ya ver la silueta vigilante de los guardias: centinelas sobre el cadáver de un mundo.

—Espera un momento —dijo él.

—¿Qué pasa?

—¿Estás segura que podremos entrar?

—Naturalmente.

—¿Sin hacer preguntas?

—Lo único que necesitamos son los discos. No pueden conocer a todos los que tienen que entrar.

—No —dijo Tom en voz baja—. Claro que no.

Se quedó mirando a Kay a la luz de la luna roja.

—Tom.

Tomó la mano de Kay.

—No valíamos mucho, ¿no, Kay?

Los ojos de ella estaban muy abiertos, brillantes, mirándolo.

—¿Acaso esperabas otra cosa?

—¡Tom... Tom!

La pistola apenas pesaba en su mano.

—Soy tu esposa... —dijo con voz ronca.

—Imaginémonos que no lo eres. Hagamos ver que es una Fiesta Estelar.

—Por Dios... por favor... no... no... no...

La Luger saltó en su mano. Kay se derrumbó sobre la hierba desmadejadamente y se quedó allí, con los ojos vidriosos y abiertos en horrorizada sorpresa. Henderson le abrió el traje y tomó los dos discos de entre sus senos. Luego, la cubrió cuidadosamente y le cerró los ojos con el índice.

—No te perdiste gran cosa, Kay —dijo, mirando hacia ella—. Tan sólo lo de siempre.

Regresó al coche y despertó a las niñas.

—¿Dónde vamos ahora, papi? —preguntó Pam.

—Arriba de esa colina, hijita. Donde está la luz.

—¿Me llevas en brazos?

—A las dos —dijo, y dejó caer la Luger sobre la hierba. Las alzó y las llevó colina hacia arriba hasta llegar a treinta metros de la entrada de la casamata. Entonces, las dejó en el suelo y les dio un disco a cada una—. Vayan hasta la luz y entreguen estas cosas —les dijo, y les dio un beso.

—¿Tú no vienes?

—No, queridas.

Lorrie parecía que fuera a empezar a llorar.

—Tengo miedo.

—No hay nada que temer —dijo Tom.

—Nada en absoluto —dijo Pam.

Las miró alejarse. Luego, vio como un guardia se arrodillaba y las abrazaba a ambas. *Aún queda algo de ternura en este abandono de las inhibiciones*, pensó, *todavía queda algo bueno*. Desaparecieron en el interior de la Madriguera y el guardia se puso de pie, saludando hacia la oscuridad con un brazo. Henderson se volvió y descendió por la colina, dando un rodeo para no pasar por donde yacía Kay, cara al cielo. Un cálido viento seco le rozó el rostro. *El tiempo corre aprisa ya*, pensó. Subió al coche y regresó hacia la ciudad. Aún quedaban algunas horas de la última noche del verano, y Laura y él podrían contemplar la aurora roja, juntos.

FIN

Libros Tauro